

sociedad, no puede imputarse con justicia á su autor, ni menoscabar el mérito de una obra que reconozco como el primero. De ella no me cansaré de afirmar, parodiando lo que dijo Quintiliano (lib. x, cap. 1 de las *Instituciones orat.*) del padre de la elocuencia romana; que cualquiera á quien no agrade la inventiva de tan inimitable historia, el que no aplauda sus chistes, no se saboree en las sales y donaires de su diction, y no se deje arrastrar por las regiones de lo serio ó de lo burlesco, de la verdad ó de la ficcion, que con tanta maestría y originalidad recorre su autor; ni ha saludado el estudio del habla castellana, ni tiene la instruccion y el tacto fino que se necesita para apreciar las dotes de un libro; y en una palabra, que debe pronosticar muy mal de sus luces, conocimientos y gusto, el que no admire las infinitas gracias y bellezas del *Don Quijote*.

SEGOVIA

(DON ANTONIO MARÍA).

Nació en Madrid el 29 de junio de 1808. Pasó su primera juventud en Andalucía, siguiendo sus estudios bajo la direccion inmediata de su buen padre, dignísimo magistrado, y habiendo vuelto á Madrid en 1820, entró en la academia de cadetes de guardias de infantería española, en virtud de la gracia que algunos años antes le habia dispensado el duque del infantado, nombrándole cadete en su espresado regimiento: en aquella academia se distinguió singularmente. Disuelto el brillante cuerpo de guardias de resultas de los acontecimientos de 7 de julio de 1822, renunció Segovia á la carrera militar, que tan lisongera se le presentaba; y desde entonces, ocupado en sus estudios y en el desempeño de algunos destinos con que desde la edad de diez y siete años tuvo que atender á la subsistencia de su madre viuda y de sus hermanos, residió sucesivamente en Murcia, en Andalucía y en Madrid sin mezclarse en la política, hasta que hace seis años abrazó decididamente la carrera de periodista, en la que, bajo el seudónimo el *Estudiante*, que adoptó en 1836 con motivo de atribuirse sus artículos á Larra, ha adquirido una grande y merecida celebridad. Sus eficaces esfuerzos por la causa del orden y del progreso moderado que apetece cuantos conocen los verdaderos intereses de España, están demasiado recientes para que haya que recordarlos; bástenos decir que en el momento en que escribimos, los está espiando, con muchos de sus dignos compañeros de opiniones, en un honroso destierro que, en su situacion actual, resultado de la rigidez de principios y del noble desinterés que siempre han distinguido á este escritor, solo pueden hacerle llevadero los recursos que ofrece al talento y á la aplicacion esta gran capital.

Los periódicos en que sucesivamente ha escrito el señor Segovia, son: el *Semanario critico*; el *Tiempo*; el *Jorobado*; el *Mundo*; el *Correo de las Damas*; el *Español*; el *Correo Nacional*; el *Semanario pintoresco*; el *Abenamar* y el *Estudiante* (que escribió en compañía del señor Pelegrin (don Santos Lopez), el *Piloto* y el *Entreacto*).

I.

LOS AFICIONADOS.

(Bozeto de un cuadro de costumbres.)

Todo el día de hoy ando en busca del *Curioso Parlante* (1), y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo; ustedes (2) que deben de conocerle, pues yo sé que él los conoce á ustedes perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadisimos oyentes, que ayer, día de miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mi solo: quiero decir que fué día aciago, infausto, y de mala ventura, porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado, ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el Valle de Josafat) ó una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fui tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linage de gentes mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; mas digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de caminos; hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, si señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente, y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan; eston son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del señor *Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su Panorama Matritense á la pública vergüenza.

Y por que vea él, y vean ustedes, y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Sali, como digo, de mi casa para la de un don Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestida sobre una camisa no muy blanca una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos que empezaron á despellejarse el mismo día en que murió por primera vez el señor don Fernando VII. — Anuncié mi embajada y de parte de quien venia, lo cual oido por don Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mia, y sobandómela, y estru-

(1) El Sor Mesonero. V. su artículo.

(2) Este artículo fué leído en el Liceo por su autor.

jándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos mas parecían forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que queria tratarme con franqueza: yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subiamos un escalon, y subia un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los veinte y dos escalones, entre tanto que él me iba preparando para entrar en su taller; «por que ha de saber usted (añadió) que el haberme hallado así en este trage, y todo lleno de virutas, serrin, y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanisteria.» — ¿Accionado! dije para mí: Dios nos asista! — Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca-abajo un cajon viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con todo holgura y comodidad, é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar; pero don Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. «Vea usted, mi amigo (me decia), aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras» y me enseñó un gran cajon de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha, y un mango de martillo. «No es esto solo (añadió) aquí tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fui á la oficina, y es para el canario de mi muger. ¿Qué le parece á usted?» — Perfectamente (dije yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como tambien el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora. — ¿Qué dice, usted! (esclamó) y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista «soy un borrico (añadió) que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.» — Con todo eso (le dije yo), el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de córreos.—

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pie de nogal pintado; un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté donde ó como habia aprendido el oficio. — «No le he aprendido (contestó); si es todo de pura aficion.» — ¿Y cuáles maderas prefriere usted entre las que produce España por sus calidades? — «De eso no estoy enterado (dijo), porque no me he dedicado á la farmacia.» — Y de los tornos modernos ¿cuál es el que usted usa? — «El del tornero de la esquina (replicó) que es á quien le mandó hacer lo que en ese ramo se me ofrece.» — ¿Y no le fatiga á usted tanto trabajo

corporal? — « Yo le diré á usted (repuso), lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo, y escoplo, se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo y de aficion. » — Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi don Trifon en que hablásemos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado* no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándome el brazo con aire satisfecho. « Ven, Estudiante (me dijo), ven á mi casa, y verás que ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura. » — Cero y van dos (murmuré entre dientes) y me dejé arrastrar por el nuevo tonti-loco. — « Ochocientos reales en una prendería del Rastro! esclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roído de ratones; mira, mira que albaja! un retrato de Carlos IV original de Juan de Juanes. — ¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí, no ves que ese es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M. — « Ahora me haces caer en ello, contestó él imperturbable, pero será de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañon se echa de ver que es de escuela flamenca. » — Ya escampa, dije para mi capote, este menguado no tiene cura. — En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza. — Del arte no entiendo, pero si creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza. — « Es para mayor adorno, contestó. » — Y aquellas cabras, añadió, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos? — « No son cabras, dijo, es una vacada. » — En oyendo esto saqué el reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de..... en fin, de una marquesita.

¿ Y luego estrañarán ustedes mis lamentos! — ¿ Quién me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno sino ocho ó diez (¿ Dios los confunda!) *aficionados*? Estos lo eran á la música, y tenían cercado el piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La marquesa me instó á que me sentase, y no bien lo habia hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó mas de treinta: despues de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajos de Marino Faliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion obscura, y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo,

y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compas sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me di á desearles el trágico fin del veneciano Faliero. Pues no quedó aquí, sino que todavia me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso envergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que entra el cólera-morbo.

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada; y allí, señores, allí..... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerbeza de Santa Bárbara..... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los *aficionados*..... Un aficionado á la poesia. — « Amigo mio, me dijo ciñéndome con sus brazos como un fantasma de Walter Scott, quiero consultar con usted una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten. » — Pues entonces, repliqué, si se ha de leer en el Liceo y yo he de oírle, no me prive usted, amigo, del placer de la sorpresa. — « Es que quiero oír su voto de usted. » — Es que usted no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me piden tales votos abstenerme siempre de votar. — « Pero en fin, repuso él, es cosa corta. » — Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio y comenzó de esta suerte con tono sepulcral:

« EL INFIERNO. »

— ¡ Jesus! grité: ¿ qué asunto tan horroroso! ¿ No podriamos dejar ahora..... Mas él no oia ya, ni veia, ni entendia; y siguió gritando y diciendo así:

¡ Mansion horrorosa, de eterna fatiga,
De eterno martirio, de eterno tormento,
De pena terrible, de atroz sentimiento!...
¡ Yo invoco tu nombre! ¡ Oh horrible mansion!
Envidio tu fuego, tu ascuas ardientes,
Tu pez, tu alrebite, tus duras cadenas,
Tu ayge, tus llantos, tus horribles penas,
Y de hondos ahullidos el áspero son.

« ¿ Qué tal? me dijo. — ¡ Bravo! respondí, y él prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero
Donde en plomo hirbiente cien mil seres bañas
Y ves abrasarse sus tripas y entrañas,
De muy buena gana me bañara yo.
Que menos tormento seria á mi alma
Que no el ver agena la muger maldita
La infiel, la traidora, la puerca de Rita,
Que antiyer me amaba, y ayer se casó.

— Esto hará efecto, » decia él. — Y mucho, respondia yo. — Y él siguió de esta suerte, variando de metro:

Esa Rita
Que yo viera
Cuando era
Colegial.
Y me hablaba
(¡Cosa cierta!)
Por la puerta
Del corral.

Esa Rita,
Que me amaba,
Y juraba
Eterna fé,
Se ha casado
Sin rebozo
Con un mozo
De café.

— El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó: yo le pagé y me escurri chiticallando, dejando absorto en su lectura a mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres:

Que es infierno el padecer,
Y el padecer es amar,
Y entre amar y aborrecer
Mil veces se suele ver
Aborrecer y olvidar.
Por eso en el sentimiento
De mi amor horrible y tierno,
Prefiero al padecimiento
De un instante de tormento
Todo un siglo del infierno.
Por eso el infierno á mi
No me causa asombro, no;
Que el que mas padece allí
No sufriera estar aquí
Amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena merecen estos picaros de *aficionados* como ellos se llaman á sí mismos confundiendo la sencilla y loable *aficion* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presuncion de cultivarlas y poseerlas? Diganme ustedes que pena merecen, y que me la impongan á mi luego, luego, por *aficionado*..... á escribir artículos de costumbres.

POESÍAS.

I.

LA PROFESION DE FE POLÍTICA.

Insistís en vuestra carta,
Graciosa señora mía,
En que de mis opiniones
Os dé esplicacion precisa.

Poco importa para amarnos
Que sean blancas ó tintas,
Y por eso se me antoja
La pregunta peregrina.

No os quiero yo ciudadana,
Sino muger monda y lisa;
Queredme á mí vos por hombre,
Lo demas es bobería.

Si opinásemos acordes,
Queda inútil la pesquisa,
Y lo que es en este punto
No habrá altercados ni riñas.

Si mi opinion y la vuestra
Fuesen acaso distintas,
Maldita de Dios la cosa
Que por ello habrá perdida:
Yo ós estrecharé en mis brazos,
Hermosísima enemiga,
Y comenzará en nosotros
La fusion tan descreida.

Mas, porque es el daros gusto
En mi obligacion debida,
Os dejaré satisfecha
Con respuesta bien sencilla.

Yo soy liberal, y en serlo
Ningun mérito se cifra;
Que soy pobre, y mal se avienen
Pobreza y tacañería.

Liberalidad sin plata
Dirán que es cuerpo sin vida;
Cierto, pero eso no es culpa
Sino de mi suerte esquiva.

Exaltado soy, si tiernos
Esos dos ojos me miran,
Que motines y asonadas
Tienen en lugar de niñas.

¿Quién, herido de los rayos
De esas dos negras pupilas,
A no ser hecho de mármol
¡ay Dios! no se exaltaría?

Moderado en mis deseos
Soy, pues solo se limitan
A que vos tan solamente
Seais sola y siempre mía.

A sociedades secretas
Algo mi aficion se inclina,
Si un *club* tenebroso hacemos
Entre los dos algun día.

Cuando estoy á vuestro lado
Es tan grande mi delicia,
Que estacionario me vuelvo
Por que no acabe tal dicha.

Mas cuando despues os dejo,
Volviendo hácia atras la vista,
Retrógrado mi deseo
Por lo pasado suspira.

Solo en quereros, señora,
Con la pasion mas activa,
Es mi corazon amante

Ardoroso progresista.
Si os llegareis al obispo,
Y en otro nombre os confirma,
Como él os ponga Carlota,
Yo me declaro carlista.

Por la inquisicion no tengo
Las mayores simpatías,
Mas hay en mi pecho hogueras
De la fé de amor mas viva.

En dominar vuestro afecto,
Aunque parezca osadía,
No entiendo de libertades,
Quiero ser absolutista.

Bien que en desquite mi alma,
Renunciando sus franquicias,
Un trono os ofrece, en donde
Ejercéis la tiranía.

Hay otras varias cuestiones,
En que España dividida,
Defendiendo el pro y el contra,
Sus disensiones atiza.

El *veto*, yo os le concedo
Con la condicion, querida,
De no usarle si os propongo
Un proyecto de caricias.

De peticion el derecho
Reclamo, aunque ya es antigua
Costumbre el ser pediguño
Yo, cuanto vos negativa.

Si al bajar una escalera
Muchas manos os convidan,
Y vos, dejando las otras,
Con la vuestra honrais la mía;

Sostendré, por conservarme
Tan bella prerrogativa,
Que la de eleccion directa
Es la mas sana doctrina.

En punto á contribuciones
Yo las votaré escesivas;
Pero os dispenso del diezmo,
Si me guardais las primicias.

Si el imprimir libremente
Como derecho se estima,
Permitid que en vuestros lábios
Los míos su amor impriman.

Y mas que luego el Jurado
En su sentencia decida

Que ha lugar á formar causa
 Contra quien á tanto aspira.
 Yo haré ver que es vuestra cara,
 Por lo picante y lo linda,
 Incitadora al desórden,
 Sediciosa y subversiva.
 Satisfecha habréis quedado
 De esplicacion tan prolija;
 Profesion de fé mas clara
 Jaimas se habrá visto escrita.
 Si tal vez, por sospechoso,

De extraordinarias medidas
 Usais para perseguirme,
 Me permitiréis que os diga
 Que el sentenciarme á destierro
 Ausente de vos, sería
 Lo propio que castigarme
 Con la pena de la vida.
 A no ser que vos quisierais
 Venir en mi compañía,
 Que entonces nada me importan
 Canarias ni Filipinas.

II.

CARTA DE UN FLACO.

Saber pretendes de mí,
 Esposa bella y querida,
 Qué tal me paso esta vida
 Que paso lejos de tí.
 No es fácil, á lo que entiendo,
 Decir que tal vida paso
 Con un vivir tan escaso
 Como es el vivir muriendo.
 Ni como ni duermo apenas
 Pensando en la negra ausencia,
 Que es vigilia y abstinencia
 Que guardo á tus duras penas.
 Si amor causa enflaquecer,
 Bien puedes asegurar
 Que nadie ha sabido amar
 Como yo te sé querer.
 Solo un provecho consigo
 No comiendo; y es la palma
 De ver que logra mi alma
 De menos un enemigo.
 Porque el *demonio* y el *mundo*
 Podrán darme algun cuidado;
 Mas la *carne* me ha dejado
 En un descanso profundo.
 Sin ella me ando tan serio,
 Hecho esqueleto ambulante,
 Como el mas seco habitante
 Del mas viejo cementerio.
 Incalculables progresos
 Voy haciendo cada dia
 En esto de anatomía,
 A puro tentarme huesos.
 Con ellos noches enteras

Paso haciendo evoluciones;
 Ya marchan por escalones,
 Ya desfilan por hileras.
 Y en tan fiero desbarato,
 Hecho mi cuerpo un ovillo
 Suelo encontrarme un tovillo
 Allá junto á un homoplato.
 Dan en jugar del vocablo
 Muchos, diciendo que escedo
 Por muy *agudo* á Quevedo,
 Por *sutil* al mismo diablo.
 La gente al verme se asombra
 Como ando al sol por la villa,
 Y que en lugar de sombrilla
 Con el baston me hago sombra.
 Ya conoces á Esquivel,
 Pintor, que no hay en la corte,
 Quien un retrato que importe
 No encomiende á su pincel.
 Pues este, por demostrar
 Un dia su industria estraña,
 Quitó á una escoba la caña,
 Y en ella empezó á pintar.
 Y siendo yo original,
 Mi retrato verdadero
 Bosquejé, de cuerpo entero,
 De tamaño natural.
 El médico me receta
 Baños frios todo el año:
 Yo le obedezco, y me baño
 En un cañon de escopeta.
 Pero al salir de las aguas
 Tiritando, de contado

Me acuesto, bien arropado
 Con la funda de un paraguas.
 Dicen que me ha de llevar
 El viento, y yo lo desmiento,
 Porque en llegando á mí el viento
 Se pasa sin tropezar.
 ¿Te ries de mi franqueza?
 Pues mas merece en verdad
 Quien con tal ingenuidad
 Confiesa así su flaqueza.
 Detras de estas niñerías
 El hecho cierto está oculto;
 Que son verdades *de bullo*

Sin embargo de ser mias.
 Si doy así en consumirme,
 Tal vez no vuelvas á verme,
 Pues vendré á desvanecerme
 Ya que no venga á morirme.
 Siguiendo la antigua usanza,
 Para entonces ya he mandado
 Que mi cuerpo embalsamado
 Entierren en una lanza.
 En cuanto al descanso eterno
 Del alma, vivo seguro
 Que el que es espíritu puro
 Como yo, no va al infierno.

III.

UNA NOCHE DE MÁSCARAS.

Yo que tengo la ventura
 Tan negra como la tez,
 Y de cada cinco cosas
 Me suelen salir mal seis;
 Anoche me fuí á un baile
 Sin saber cómo, ó mas bien
 Cediendo á las sugeriones
 De Astarot ó de Luzbel.
 Dijeron que era de máscaras,
 Y yo que me la colé,
 De un *buen* disfraz me previne,
 Al cual le sobró lo *buen*.
 Creyendo que madrugaba
 Fuí á cosa de las diez,
 Y ya desde este principio
 Lo entendí todo al revés.
 Estaba de bote en bote
 La casa cuando llegué,
 Y sobre cada ladrillo
 Pisaban catorce pies.
 El que cruzar intentaba
 Desde una hasta otra pared,
 Tardaba mas que si fuera
 Del Barquillo á Lavapiés.
 El caerse era imposible
 A los que estaban de pie,
 Que en contrapuestos puntales
 Cualquiera hallaba sosten.
 Habia allí un constipado,

Llegó de recio á toser,
 Y derribó la peluca
 Del que se halló junto á él.
 Para menear un brazo
 ¡Jesus, María y José!
 Siete licencias lo menos
 Era preciso obtener.
 Yo que en el gran Villahermosa
 Estuve la última vez
 Mano á mano con la orquesta
 Mas de dos horas ó tres;
 Hasta que al fin nos juntamos
 Personas, para poder
 Surtir á un drama moderno,
 Pero con mucha escasez;
 Yo que en el salon soberbio
 De puro solo me helé,
 Y á lo niño mal criado
 Miedo empezaba á tener;
 Absorto me quedé anoche;
 Y digo que me quedé,
 Porque el entrar fué quedarme
 Clavado á mas no poder.
 Entonces ví claramente
 El origen, y el por qué,
 De ser este una Liorna
 Cuando Tebaida aquel.
 Anda la moneda escasa,
 Y no es estraño que esté

El *por cuantos vos mas solo*,
Que el *gratis* que yo ví ayer.

No habia entre tanto trage
Nada nuevo, por mi fé,
Que la invencion y las telas
Se morian de vejez.

Mucho moro con tohallas,
Mucho capote al reves,
Sábanas como llovidas,
Lentejuelas á granel.

Treinta colchas, ascendidas
A ser domínó, conté,
Y, porque ellos se llamaban,
Marineros mas de cien.

Harto ya de estar de punta
Sentarme determiné,
Que era buscar en la Corte
Vacante que pretender.

Tocaban á cada silla
Como unos cincuenta y seis,
Mas yo hallé á mis pretensiones
Quien las quiso proteger.

En una como banqueta
A una mozuel atisbé,
Y á ojeadas y suspiros
Conseguíla enternecer

Ella entonces esperando
Echar el anzuelo á un pez,
A mi cansancio y mi pena
Concedió asiento, y cuartel.

Embutíme allá á su lado
«Agradeciendo cortés
Esaño que á mi amor era
Para subir escabel.»

Y al irme así remontando,
Pensándome entretener,
Ved aquí que la arrebató
Para bailar no sé quien.

De resultas de su ausencia
Lado á lado me encontré
Con una contemporánea
Del patriarca Israel.

Vieja verde acicalada,
Retrato de Lucifer
En que Shakespeare pensaba
Cuando escribió su Macbeth.

Haciendo del distraído,

La espalda al punto la eché,
Mas no me dejó por eso
Aquella harpía cruel.

Porfó en charlar conmigo,
Y yó en callar porfíé;
Yo mono-silabizante,
Ella mico-pesadez.

—¿No bailas, máscara?—No.

—Pues es muy extraño.—Es.

—¿Estas fastidiado?—Sí.

—¿Pues que es lo que tienes?—

—¿Has venido tarde?—Oh! [Hiel.

—¿Cuántas horas hace?—Diez.

—Te se han figurado...—Ah!

—No habrás encontrado...—Pues.

—Vuelve aquí la cara.—¿Por?...

—Por si me conoces.—¿Qué!

—Hablas tan poquito...—Ps!

—¿Has cenado algo.—Té.

Y así en un cuarto de hora

Mas espantosos porté
Que á San Antonio hizo el diablo,
Sin ser santo como él.

En esto un majo maldito,

Que en lugar de calañés

Llevaba una alta corozá,

En pie se quiso poner.

Y dando aquel picurucho

Con grande fuerza á un quinqué,

Me ungió con cinco panillas

Sin ser obispo ni rey.

Yo que estaba hecho un vinagre,

Y ví el aceite llover,

Convertido en ensalada

Por ensalmo me juzgué.

Con esto el volcan de rabia

Llegó su erupcion á hacer,

Y furioso como un tigre

A la calle me lanzó.

Llegó á mi casa furioso,

Llamo una y otra vez,

Mas ni por esas despierta

Mi bruto criado Andrés.

Así me tuvo en la calle

Hasta que al amanecer,

Por que un vecino salía,

Quiso Dios que yo me entré.

SOMOZA

(DON JOSE) (1).

Don José Somoza nació en la villa de Piedrahita, provincia de Avila, en 24 de octubre de 1781. Fueron sus padres don Ignacio de Somoza Carbajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educacion de aquel y de otro hijo mayor que ya estudiaba la filosofía en aquella universidad. Pero ni su virtuosa madre que murió cuatro años despues, ni el desconsolado padre que la sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educacion esmerada que habian procurado á don José Somoza: era desaplicado y aun vicioso, se acompañaba con la gente mas perdida, vestia traje de torero y sus menos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota; por fortuna no tuvo aficion á las naipes y hoy es el dia que no conoce la marcha de ningun juego de cartas, pero habia abandonado varias veces la casa paterna y aun corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la tuna. Nada le habia aprovechado un instruido y virtuoso ayo que habian puesto á su lado, nada la sociedad mas escojida que se reunia en casa de sus padres, ni la que por el verano traía la duquesa de Alva al palacio de Piedrahita; y el recto y justo don Manuel Quintana, que le habia conocido en Salamanca, ha confesado despues que estaba persuadido á que pereceria en un cadalso el Somoza á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria de las poesías castellanas. La horfandad en que se halló á los diez y seis años cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la universidad y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escojida librería de su padre donde, ayudado de lo poco que habia aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditacion, al verdadero estudio y á la soledad con tanto ardor y pasion como antes se habia dado á los desórdenes. Así vivió hasta la edad de veinte años sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la inquisicion formó á los señores Cuestas de Avila en que le hubieran envuelto, sin la actividad y proteccion de la duquesa de Alva que le

(1) Los siguientes apuntes biográficos, redactados por el mismo interesado y enviados á un amigo suyo y mio residente en Madrid, para que me los comunicase, me han parecido tan originales y tan característicos que no he querido desfigurarlos ó alterarlos en lo mas mínimo. Hacen ademas tanto honor al señor Somoza la naturalidad y el candor con que habla de si mismo en estos apuntes y lo que luego añade la persona que me los ha dirigido en la carta que los acompañaba, que no he podido resolverme á mudar nada en aquellos ni en esta.